

Tribuna anarquista

Concepto de la Anarquía

Tiene el hombre por propiedad fundamental, necesaria, el instinto de la propia conservación, sin el cual ningún ser vivo existiría, y el instinto de la conservación de la especie, sin el cual ninguna especie se hubiera podido formar y subsistir. Se ve, pues, naturalmente impulsado a defender su existencia y el bienestar de sí mismo y de su prole contra todo y contra todos.

De maneras hay en la Naturaleza, para los seres vivos, de asegurarse la existencia y hacerse más agradables: es la primera la lucha individual contra los elementos y contra los individuos de la misma especie, o de especie distinta; la segunda es el apoyo mutuo, la cooperación, que puede también llamarse la asociación para la lucha, contra todos los factores naturales opuestos a la existencia, desenvolvimiento y bienestar de los asociados.

No tratamos de indagare aquí, ni podemos hacerlo por falta de espacio, qué parte tienen respectivamente en la evolución del reino orgánico los dos principios de la lucha y de la cooperación.

Baste hacer constar que en la Humanidad la cooperación—forzosa o voluntaria—ha sido el solo medio de progreso, de perfeccionamiento, de seguridad, y que la lucha—resto atávico—ha sido absolutamente incapaz de favorecer el bienestar de los individuos y ha causado en cambio el mal de todos, vencidos y vencedores.

La experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, ha enseñado al hombre, que, uniendo a sus iguales, su conservación está mejor asegurada y su bienestar aumenta.

Así, como consecuencia de la misma lucha por la vida, sostenida contra la naturaleza circundante y contra los individuos de la misma especie, se ha desarrollado en el hombre el instinto social, que ha transformado completamente las condiciones de su existencia. Gracias a esto mismo ha podido el hombre salir de la animalidad, adquirir gran potencia y elevarse tan por encima de los otros animales, que los filósofos espiritualistas han considerado necesario inventar para él un alma inmaterial e inmaterial.

Muchas causas han concurrido y contribuido a la formación de este instinto social que, partiendo de la base animal, del instinto de la conservación de la especie, que es el instinto social limitado a la familia natural, ha llegado a su más elevado grado de intensidad y de extensión y constituye el fondo mismo de la naturaleza moral del hombre.

Este, aunque dependiente de los tipos inferiores de la animalidad, débil y desarmado para la lucha individual contra las bestias salvajes, pero con un cerebro capaz de gran desenvolvimiento, un órgano vocal apto para expresar con ayuda de varios sonidos las distintas vibraciones cerebrales, y manos especialmente adecuadas para dar forma a capricho a la materia, debía sentir muy pronto la necesidad y las ventajas de la asociación. Así cabe decir que sólo entonces pudo abandonar la animalidad al hacerse social y adquirir el uso de la palabra, que es a la vez consecuencia y factor poderoso de la sociabilidad.

El número relativamente corto de la especie humana, haciendo menos áspera, menos continua, menos necesaria, la lucha por la existencia entre hombre y hombre, aun fuera de la asociación, debía favorecer mucho el desarrollo de los sentimientos de simpatía y dejar tiempo para que la utilidad del mutuo apoyo se pudiese conocer y apreciar.

Por último, la capacidad adquirida por el hombre, gracias a su primitiva cualidad aplicada en cooperación con un número más o menos grande de asociados, de modificar el medio ambiente externo y adaptarlo a las propias necesidades; la multiplicación de los deseos al aumentar con los medios de satisfacerlos y convertirlos en necesidades; la partición del trabajo, consecuencia de la explotación metódica de la Naturaleza en provecho del hombre, han hecho que la vida social sea el ambiente necesario del individuo, que no puede vivir

fuera de él, que cae si así vive en el estado de bestialidad.

Y al afirmarse la sensibilidad con la multiplicación de las relaciones por la costumbre impresa en la especie, merced a la transmisión hereditaria en millones de siglos, esta necesidad de la vida social, de cambio de pensamientos y de afectos entre hombre y hombre, se ha convertido en una manera de ser necesaria de nuestro organismo, se ha metamorfoseado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste independientemente de las ventajas materiales dadas a la asociación, tanto, que para satisfacerla, se aprontan mil sufrimientos y hasta la muerte.

En resumidas cuentas, las grandísimas ventajas que la asociación reporta al hombre; el estado de inferioridad física, por completo desproporcionada a su superioridad intelectual, en que se halla frente a frente de los animales salvajes; la posibilidad para el hombre de asociarse a un número siempre creciente de individuos y en relaciones cada vez más íntimas y complejas, hasta extender la asociación a toda la Humanidad y a la vida toda, y principalmente la posibilidad que tiene también de producir, trabajando en cooperación con otros, más de lo que necesita para existir, y los sentimientos de afecto que de todo esto se derivan, han dado a la lucha por la vida un carácter completamente distinto de la lucha general, que tiene lugar entre los demás animales.

Por otra parte, se sabe en la actualidad—y las investigaciones de los naturalistas modernos aportan de ello más pruebas cada día—que la cooperación ha tenido y tiene en el desarrollo del mundo orgánico, una parte importantísima que no sospechaban los que se proponían justificar el reino de la burguesía por medio de las teorías de Darwin, bastante inútilmente, porque la distancia entre la lucha humana y la lucha animal, es enorme y proporcional a la distancia que separa al hombre de las bestias. Estas combates, individualmente y más a menudo en pequeños grupos fijos y transitorios, contra toda la Naturaleza, incluso contra individuos de su propia especie. Hasta los animales más sociables, como la abeja y la hormiga, son solidarios si se encuentran en el mismo hormiguero o en una misma colmena; pero pelean o permanecen indiferentes con las demás comunidades de la propia especie. La batalla humana, en cambio, tiene siempre a ensanchar la asociación entre los hombres, a solidarizar sus intereses, desarrollar los sentimientos de amor de cada uno hacia todos los otros, a vencer y dominar la Naturaleza externa con y para la Humanidad.

Toda contienda encaminada a conquistar beneficios independientemente de los otros hombres en su perjuicio, contradice a la naturaleza sociable del hombre moderno, y tiende a devolverlo a su primitiva animalidad.

La solidaridad, es decir, la armonía de los intereses y de los sentimientos, el concurso de cada cual en el bien de todos, y el de todos en provecho de cada cual, es el estado en que el hombre puede tan sólo manifestar su naturaleza y obtener el máximo de desarrollo en el máximo de bienestar. Esta es la meta hacia la cual camina la humana evolución, es el principio superior que resuelve todos los actuales antagonismos, entre tanto insolubles, y hace que la libertad de cada cual no halla un límite, sino un complemento de las condiciones necesarias de existencia en la libertad de los demás.

Decía Bakunin:
Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consiguiente, realizarla en sí, sino reconociéndola en los otros y cooperando a la realización de los mismos. Ningún hombre se puede emancipar como no se emancipando a la vez a cuantos le rodean. La libertad es la libertad de todos, porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en la idea, sino también en los hechos, mas que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y la sanción suya en la libertad y en el derecho de todos mis iguales.

«Mucho me importa lo que son los otros hombres, pues por independiente que parezca o me juegue por mi posición social, aun cuando sea papa, rey o emperador, no soy más que el producto incesante de lo que son los restantes hombres entre sí. Si son ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su ignorancia, por su miseria, por su esclavitud. Yo, hombre iluminado e inteligente, por ejemplo, soy estúpido a causa de su estupididad; valeroso, soy esclavo por su esclavitud; rico, temo a su miseria y temblo ante ella; privilegiado, palidezco ante su justicia. Yo que quiero ser libre, no puedo serlo porque a mi alrededor todos los hombres no quieren ser libres a su vez, y no queriéndolo, se transforman para mí en instrumentos de opresión.»

La solidaridad es, pues, la condición en la cual el hombre encuentra el mayor grado de seguridad y bienestar; y por eso el mismo egoísmo, es decir, la consideración exclusiva del propio interés, empuja al hombre a la solidaridad, o mejor dicho, egoísmo, y altruismo, consideración de los intereses de los demás, se confunden en un solo sentimiento, como se confunden en uno el interés individual y el interés social.

Pero el hombre no podía de un golpe pasar de la animalidad a la humanidad, de la lucha brutal entre hombre y hombre a la lucha solidaria de todos los hombres contra la naturaleza exterior. Guiado por las ventajas que presenta la asociación y consiguiente distribución de trabajos, el hombre evolucionaba hacia la solidaridad; mas esta evolución encontró un obstáculo que la desvió y la desvió hoy de su finalidad; el hombre, cuando menos hasta cierto punto y por las necesidades materiales y primitivas, que eran las que entonces sólo sentía, descubrió que podía realizar las ventajas de la cooperación sometiendo a los otros hombres en lugar de asociarlos; y como todavía eran potentes en él los instintos feroces y antisociales heredados de la bestia madre, obligó a los más débiles a trabajar para él, prefiriendo la dominación a la asociación.

Tal vez en la mayoría de los casos, por la explotación de los vencidos, empezó el hombre a comprender los beneficios de la asociación, la utilidad que podía recabar de la ayuda del hombre.

Así, pues, el beneficio y utilidad de la cooperación, que debía llevar al triunfo de la solidaridad en todas las relaciones humanas, nos han conducido por el contrario a la explotación individual y al gobierno, esto es, a la explotación del trabajo de todos en provecho de unos cuantos privilegiados.

La asociación fue siempre la cooperación, fuera de la cual no hay vida humana posible; pero un sistema de cooperación impuesto y reglamentado por unos pocos en provecho de sus intereses particulares. De este hecho se deriva la gran contradicción (que llena la historia de los hombres) entre la tendencia a asociarse y fraternizar para la conquista y la adaptación del mundo exterior a las necesidades del hombre y para la satisfacción de los sentimientos de afecto, y la tendencia a dividirse en tantas unidades separadas y hostiles cuantas son las agrupaciones determinadas por las condiciones geográficas y étnicas, cuantas las posiciones sociales y económicas, cuantos los hombres que aciertan a conquistar una ventaja y quieren asegurarla y aumentarla, cuantos los que esperan la posesión de un privilegio, cuantos sufren una injusticia y se rebelan y tratan de readmirarla.

El principio cada uno para sí, que es la guerra de todos contra todos, ha venido en el curso de la historia a complicar, a desviar, a paralizar la guerra de todos contra la Naturaleza, en pro del mayor bienestar de la especie humana, que sólo puede tener buen éxito basándose en el principio: Todos para uno, uno para todos.

Muchos y muy grandes son los males que ha sufrido la Humanidad por la intrusión de la tendencia dominadora y explotadora en la humana asociación. Mas a pesar de la atroz opresión, a pesar de la miseria, a pesar de los vicios, de lo delictos, de la degradación que la miseria y la esclavitud han producido a esclavos y amos, a pesar de los odios acumulados, a pesar de la guerra exterminadora, a pesar del antagonismo de los intereses, artificialmente creados, el instin-

to social ha sobrevivido y se ha desarrollado.

Siendo siempre la cooperación condición precisa para que el hombre pudiese luchar con éxito contra el mundo exterior, fué asimismo la causa permanente de la aproximación de los sentimientos de simpatía entre los mismos. La misma opresión de las masas ha hecho que los oprimidos fraternizaran entre sí; y ha sido sólo en fuerza de la solidaridad más o menos consciente, más o menos intensa, que existía entre los oprimidos, el que éstos hayan podido soportar la opresión, y la Humanidad haya resistido a las causas de muerte que en ella se habían introducido.

En la actualidad, el desarrollo que ha adquirido la producción, el acrecentamiento de aquellas necesidades que no se pueden satisfacer sino mediante el concurso de gran número de hombres de todos los países, los medios de comunicación, la costumbre de viajar, la ciencia, la literatura, el comercio, hasta la guerra, han estrechado y estrechan más cada vez a la especie humana en un solo cuerpo, cuyas partes, entre sí solidarias, sólo pueden hallar su plenitud y libertad de desarrollo en la salud de las otras partes y del todo.

Los habitantes de Nápoles están tan interesados en la limpieza de su población como en el mejoramiento de las condiciones higiénicas de la ciudad del Ganges, de donde el cólera procede. El bienestar, la libertad, el porvenir de un montañés extravagante entre las gargantas de los Apeninos, no sólo dependen del estado de Benavente, o de miseria en que se hallen los habitantes de su lugar, no sólo dependen de las condiciones generales del pueblo italiano, sino que dependen también del estado de los trabajadores en América o en Australia, de los descubrimientos que pueda hacer un hombre de ciencia de Sidney, de las condiciones morales y materiales del pueblo chino, de la guerra o de la paz en África, de toda la suma de circunstancias, grandes o pequeñas, que en un lugar cualquiera del universo se dan en un determinado ser humano.

En las presentes condiciones de la sociedad, la vasta solidaridad que a todos los hombres une, es en gran parte inconsciente, porque surge de un modo espontáneo de la rutina de los intereses particulares, mientras los hombres se preocupan poco o nada de los intereses generales. Y esta es la prueba más clara de que la solidaridad es la ley natural de la Humanidad, que se manifiesta y se impone a pesar de todos los obstáculos, a pesar de todos los antagonismos hijos de la actual constitución social.

Por otra parte, la masa oprimida, que ya no se resigna completamente a la opresión y a la miseria, y que hoy más que nunca se muestra ansiosa de justicia, de libertad, de bienestar, empieza a comprender que no podrá emanciparse sino por medio de la unión, de la solidaridad entre los oprimidos, entre los explotados del universo. Y comprende también que es condición imprescindible de su emancipación la posesión de los medios de producir, del suelo y de los instrumentos de trabajo, y por consiguiente, la abolición de la propiedad individual. Además, la ciencia, la observación de los fenómenos sociales, demuestra que tal abolición sería de grandísima utilidad para los mismos privilegiados con que quisieran tan sólo renunciar a su espíritu de dominación y concurrir con todos al trabajo por el bienestar común.

Ahora bien; si un día la masa oprimida negarse a trabajar para los demás, arrancase a los propietarios la tierra y los instrumentos de trabajo y quisiera utilizar éstos en provecho propio, esto es, en beneficio de todos; si no quisiera sufrir por más tiempo la dominación ni de la fuerza bruta ni del privilegio económico; si la fraternidad popular, el sentimiento de solidaridad humana, reforzada por la mancomunidad de los intereses, pudiese fin a la guerra y a la conquista, ¿qué razón de ser tendría el gobierno?

Abolida la propiedad individual, el gobierno, que es su defensor, debería desahogada y oprimida, una clase privilegiada y opresora.

La abolición del gobierno no significa, no puede significar el rompimiento de los lazos sociales.

Moderados y extremistas

Ya hace varios días que en diferentes periódicos burgueses aparecen comentarios más o menos gratuitos y que parecen querer favorecer a los militantes de la Confederación que firmaron el manifiesto histórico en tan históricos momentos. Lo comentan como reacción favorable dentro de los medios confederales, reacción en contra de la labor irresponsabilista de los elementos de la F. A. I. Las cosas así, creo que ha llegado el momento de que cada cual diga lo que sentimos respecto a tal escrito.

Se dice en estos artículos que lo que en la organización confederal se ventila es la supremacía en dicha organización de los elementos moderados representados por los treinta y dos firmantes del manifiesto y por los elementos extremistas de la F. A. I.

Nunca quizá como ahora se ha puesto tan en evidencia que en la C. N. T. existe, no la tendencia de una pequeña minoría más extremista que quiera conseguir la supremacía sobre la C. N. T., sino una minoría que al colocarse en una posición que los mismos periódicos burgueses tratan de moderada sin dárles derecho a tocar a rebato de la forma que lo han hecho tratando de desautorizar todas las iniciativas de los militantes de la C. N. T. que no comulgaban con la nueva posición, obran de manera poco meditada.

Esta es la verdad, y lo que suponen esos periódicos que nunca se interesan por los cosas de la C. N. T. mas que cuando creen llegado el momento de crear un estado de nerviosismo entre sus hombres son fantásticas.

Si esto es un aviso para los que se equivocaron, ¡mentes mal! De seguir por este camino seguramente los que más alardean de poseer el concepto respnsabilista van a dar la sensación de que no lo tienen ni en su más mínima expresión.

J. LABORDA

F. A. I.

Subscripción Nacional para organización y propaganda de la Federación Anarquista Ibérica.

Donativos semana 39

Lista de «Negre de Gracia»	...	4
Lista de Domínguez	...	38'55
Lista de Teófilo Campus	...	13
Lista de Hernández	...	63
Lista de Francisco Pérez	...	12'60
Lista de Ocaña	...	30'80
Lista de «Yo»	...	31'50
Lista de Huelguistas «Casa Vieja»	...	100
Lista de Nueva Aurora	...	10
Lista de «Ariel»	...	5

Total pesetas ... 299'45
Nota: Por falta de espacio en el período nos vemos obligados a dar el montante de lo recaudado tal como aparece por listas de recaudación.

Muy al contrario, la cooperación, que actualmente es ventajosa sólo para unos cuantos, sería libre, ventajosa y voluntaria para todos, y por eso se haría mucho más intensa y eficaz.

El instinto social, el sentimiento de solidaridad se desarrolla en su más alto grado, y cada hombre haría cuanto pudiese por el bien de los otros hombres, tanto por satisfacer sus sentimientos de afecto, cuanto por bien entendido interés propio.

Del libre concurso de todos, mediante la asociación espontánea de los hombres con arreglo a sus simpatías y necesidades, de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, surgiendo de los intereses más inmediatos para llegar luego a los más lejanos y generales, surgiría una organización social que tendría por fin el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, reuniera a toda la Humanidad en fraternal lazo y se modificaría conforme se modificaran las circunstancias y las enseñanzas de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de amigos, es la Anarquía.

Enrico MALATESTA

Lo que dice y lo que calla la Prensa

Aguilón Loria

Quienes niegan la influencia sargentista que habla en Marx pueden leer un resumen de la doctrina expuesta en el reciente libro fascista de Aquilón Loria profesor fascista de la Universidad fascista de Turín, doctrina que parece elaborada por el cabellón de Marx autor de «El Capital» libro que no conoce ningún comunista más que Miravittles y sólo algún ingenuo e impetuoso lector de tabarras como el anarquista de Terrasa.

El resumen de la obra de Aquilón Loria se publica en «La Vanguardia» del 30 de septiembre y está escrito por aquel conocido señor Baldomero Argente traductor de Henry George, altavoz de las doctrinas del impuesto único en España pero sin la competencia y honrades de Julio Semador puesto que el precitado Argente acabó su gesta como ministro y no georgista precisamente, sino romanonista.

He aquí lo que el precitado fascista Argente dice del teóricamente marxista y fascista Loria:

«La actualidad es un eslabón en la cadena interminable de la historia. La historia no es más que una sucesión de actualidades. Una filosofía de la actualidad es lo propio del furtillo, pero deslumbrado de una filosofía de la historia. Los hombres son como fueren. La razón de sus hechos de hoy es la razón misma de sus hechos de ayer. Si nos parecen distintos, es porque no buscamos hasta sus causas primarias, hasta sus resortes iniciales. Por eso la interpretación del momento que pasa se proyecta, como en un curvo espejo, con dimensiones gigantescas sobre la interpretación de la

historia. Nuestra obra actual es el breve índice de un inmenso pasado.

Y en esa visión de la complejidad necesaria y que ha construido y derrumbado sociedades y civilizaciones, se descubren las fuerzas motoras de los sucesos de hoy, como de los sucesos de edades seculares. En la cima está el hombre con sus apetitos vitales, pugnando por satisfacerlos.

Pero si él está en la cima, en el fondo está la base económica, no hecha de nuestra conciencia, ni del derecho, ni de las ideas ni de las instituciones, sino madre de todo ello, y hechura, a su vez, de las fuerzas primigenias que multiplican la gran familia humana. La base económica es, pues, la verdadera creadora de la historia porque condiciona al espíritu y lo orienta. La base económica crea y disuelve la moral, forma y transforma el derecho, construye y modifica, y derrumba y reconstruye el Estado. ¿Cómo? ¿Por qué?

En el gran estudio de Aquilón Loria, en este libro trazado con los métodos positivos propios de la ciencia moderna, se contesta. Así, su obra es un verdadero tratado de ciencia social, rigurosamente construido y constantemente ilustrado, por los acontecimientos del pasado. El valor didáctico de Loria es irrefragable; y su erudición doctrinal e histórica asombrosa. La interpretación económica de la historia—hoy palpitante en el fondo de todos los espíritus, aun de aquellos que la rechazan—no ha encontrado jamás clarificación más rica en materiales, más diestro en disponerlos, más eficaz para iluminarlos.

La interpretación de Argente a pesar de lo que el romanonismo nubla las entendedoras es ajustada. Y véase lo que son las

cosas. Marx es difundido en España por un romanonista gracias a que Aquilón Loria, profesor fascista de la Universidad fascista de Turín ha escrito una obra fascista editada en Barcelona por una institución fascista. ¿Cómo extrañarse de que comunistas y fascistas alemanes—los de Hitler—estén a partir un plifón? ¿Cómo extrañarse de que la diplomacia actual de Italia se sienta a comer y a beber alegremente con los embajadores y burocratas bolcheviques mentirosos italianos y rusos están muriéndose literalmente de hambre?

Y para terminar, conste que la palabra «salafites» que emplea Baldomero Argente en el último párrafo que copiamos quiere decir en árabe «salafita». Como el desprecioso articulista de «La Vanguardia» llama al fascista Loria, creemos que los salafitas están en el caso de protestar dignamente.

Suellos oficiosos

El anarquista de Terrasa que sabe cómo las gastan los periódicos de empresa y las agencias de información para bombardear a los figurones, ha leído estos días tales oficiosidades pagadas en favor de Lerroux que francamente el antiguo come-sardinas del Paralelo está achicando a mi mismo Gandhi. Ha estado a punto de resolver el consuleto chino-japonés. Ha ordenado que el radicalismo ayude a la izquierda catalana. Ha presido sesiones históricas. Se ha vestido de etiqueta con un empujo de elegancia tan exigente que han tenido que rectificarle las prendas de vestir los sastres de cámara después de ser arrojados con furia por el ex sargento que no tolera una arruga. ¡Qué hombre!

Cuando se supo en Madrid y en Barcelona que Lerroux estaba a punto de resolver el conflicto de Oriente, los chinos de aquí le coaccionaron por puros celos para que abandonara a los otros chinos. Y cuentan las gacetas de Ginebra que no sabe Lerroux

por quién decidirse: si por los chinos de China o por los chinos de España.

Nos amenaza la «anarquía de arriba»

Así es, en efecto. En vista de que los caseros y mangantes de la propiedad urbana sólo perdonan alquileres a los líderes, se generalizó la costumbre de no pagar el 20 el 30 y el 40 por 100 (que eso es lo que se exige por interés del capital urbano al inquilino). El presidente de la Cámara de la Propiedad Urbana de Barcelona, J. Pich y Pon publica un artículo en «El Sol» del 29 septiembre oponiéndose a aquella iniciativa de hacerse respetar que parecen decididos a mantener los inquilinos. Y dice el capitán general de los caseros: «Vale la pena que se haga un alto en esa campaña suicida, y con toda la efectividad de nuestra alma diríamos a quien puede oírnos que a nada conducen los extremismos inmoderados, que es preciso laborar por el bien de todos y demostrar que sabemos ser dignos de las libertades que con el nuevo régimen nos ha traído la República; al fin y al cabo, a la anarquía de abajo se interpondría la anarquía de arriba.»

La «anarquía de arriba» ¿qué será? Proponemos a los lectores y camaradas una explicación objetiva de lo que es «la anarquía de arriba». El anarquista de Terrasa sospecha que nos amenaza una huelga forzada de propietarios, dispuestos a la huelga del hambre y a sacrificarse una vez teniendo los brazos caldos.

El socialismo madrileño va a ser el último mirado de los catalanistas

El anarquista de Terrasa lo dijo ante la incredulidad general y ahora los hechos confirman el aserto.

Léase la nota siguiente que publica «El Sol» en su información de Barcelona. Barcelona 29 (2'30 t.).—Acercas de las declaraciones del señor Hurtado publicadas

por «La Nau», y que anoche mismo transmitimos traducidas, el propio señor Hurtado ha enviado a «La Publicitat» el siguiente nota:

«He leído mis declaraciones en «La Nau», y me he quedado de piedra. El redactor que habló conmigo recogió lo esencial de lo que le dije; pero me atribuye un concepto de la minoría socialista del Parlamento que es, sencillamente, una injuria contra una de las representaciones más respetables, por su idealismo, que hay en las Cortes constituyentes.

El hecho es que una vez terminada la entrevista con el redactor de «La Nau», hablamos de lo ocurrido durante la sesión de las diez y seis horas y de lo que habían hecho los diputados en los momentos de descanso en los pasillos del Congreso, y cometí la imprudencia de referir una broma, de peor o mejor gusto.»

Queda en pie el dilio del catalanismo con el socialismo. Hemos de asistir a las más extrañas reconciliaciones.

Habla Baroja

Leemos un diálogo de cierto periodista con Pío Baroja, recluido en su casa de Vera y relleno como dice el anarquista del único párrafo serio de su vida: el resuma.

—¿Qué pasa aquí, Baroja?

—Nada.

—Pero ¿y esas partidas de hombres que andan por los campos, según dicen los periódicos?

—Fantasías. Donde se conspira algo, donde se ha refugiado el carlismo y la posible reacción es en las ciudades. Ahí, sí. Pero ¡por los campos! Es una ilusión creer que el cura y el campesino andan jugando al escondite. Cosas de ciudad.

—A mí me había parecido también eso. Pero ¿y ese resurgir religioso que dicen por Madrid?

—Mire usted... Yo creo que todo ello tiene aire de un negocio. Aquí se ha visto un